

LA SOCIEDAD

por F. GARCIA PAVON

Me lo contó un guardia:

A la caída de una tarde, llegaron dos hombres a la posada de Tirteafuera. Uno alto, ancho de cara y recio de cuerpo. Vestía blusón negro, lustroso; gorra de visera y botas de piel de ternero. El otro era delgadillo, narigudo, calvo y de media estatura. Iba zarrapastroso, descalzo y con pocos bríos en el andar. El hombre alto entró en la posada con arrogancia y pisando fuerte. El hombre seco llegó sofocado, cargado con un gran zurrón y la boca seca.

Cuando el comedor de la posada estaba más concurrido, aparecieron ambos.

El hombre grande pidió a la posadera tocino, pisto, uvas y vino. Como el hombre delgado callara, la mujer le preguntó qué iba a cenar. Este, con ojos lastimeros, interrogó a su vez al compañero.

—No quiere nada —dijo el hombre grande a la posadera.

Y la mujer marchó con cara de no comprender.

El hombre delgado puso ambas manos sobre la mesa y sobre ellas la cara, como desconsolado.

Trajeron la fuente de pisto humeante, un buen trozo de tocino veteado, pan del día, porrón de vino rojo y un plato con uvas doradas.

El hombre alto comenzó a cenar con gozo. ¡Con qué salero cortaba las sopas, las pinchaba en la navaja, las cargaba de pisto y las deglutía luego remeneando los ojos a la par que los carrillos! De cuando en cuando se enjugaba los labios con la lengua, y bebía del vino sonoramente.

En tanto, el hombre fino, distraíase triste en seguir con sus secos ojos la trayectoria de las sopas del compadre. Alguna vez tragaba saliva rebuyendo la nuez.

Llegó el turno al tocino con vetas. ¡Con qué pulso cortaba las lonchas! ¡Cómo las paneaba!

El hombre seco se había incorporado ahora en la silla y había colocado ambas manos sobre la mesa, como con intención de lanzarse sobre lo que el otro comía.

Cuantos estábamos en el comedor, en voz baja, comentábamos la escena con